

AGUSTÍN GARCÍA SIMÓN (ed.) *Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros. Siglos XV-XIX*. Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura. 1999. 382 págs.

Es más que evidente que la literatura de viajes se encuentra en los últimos tiempos en un inusitado auge y que esto no es más que el resultado de la marcada tendencia actual por conocer experiencias ajenas y por revivir aventuras a través de los ojos, la piel y la memoria de otros que fueron protagonistas de empresas o situaciones fuera de lo común o que conocieron realidades que, por su lejanía temporal o espacial, o por cercanía o por sus particularidades, atraen manifestamente el interés. Por descontado, en todo ello tiene mucho que ver el hecho de que el nuestro es un mundo de cultura estandarizada y de pensamiento homogéneo, de globalización económica y de generalización de las modas, las tendencias y la información, un mundo de ciudades muy similares las unas a las otras, de enclaves turísticos que se repiten, de rutinas cotidianas que son las mismas en todas partes y de personas culturalmente idénticas. Y todo esto, de modo lamentable, hace que lo exótico ya no tenga significado ni valor, que no exista lo desconocido, que lo diferencial vaya desapareciendo paulatinamente y que no haya lugar para la sorpresa. Hoy todo es predecible y previsible, todo está medido, catalogado, registrado, y ello, lógicamente, deja escaso margen para la curiosidad, el asombro, la diversidad y la aventura. Bien distinta era la perspectiva siglos atrás, cuando los viajes —aunque mayoritariamente espoleados, que duda cabe, por móviles de naturaleza económica o política— se hacían porque ampliaban el saber y las perspectivas y porque permitían una más completa noción del mundo y de su desemejanza, complejidad y pluralidad. Pero ahora ya no es posible concebir el viaje como búsqueda del conocimiento, tal y como se hacía en el pasado. En nuestro mundo, Marco Polo se quedaría en casa y otro tanto harían Cook y Darwin. Y ello porque ahora el viaje es sólo una dinámica más del consumismo, una actividad sujeta a los designios del marketing y programada para viajeros cómodos y autómatas que muy poco o nada quieren saber de riesgo o

de dificultades. En estas circunstancias, es lógico que este vacío de exotismo, de aventura y de diferenciación cultural que hoy se produce lo haya venido a llenar en parte la literatura de viajes, porque se trata de un medio a través del cual es posible intentar recuperar culturas, civilizaciones y situaciones distantes tanto en el tiempo como en el espacio. Y a ello hay que añadir la particular naturaleza de los relatos de viajes —y, en general, de una buena parte de la literatura— que permite dejar por unos instantes la monotonía y la rutina de la vida diaria, normalmente plena de frustración e insatisfacciones.

Todos estos factores explican la llegada al mercado de un amplio volumen de relatos de viajes y que las editoriales presten una especial atención a esta parcela, creando colecciones específicas o sacando publicaciones. También las instituciones públicas toman iniciativas en este sentido y, dentro de las más recientes, se encuentra la obra *Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros. Siglos XV-XIX*, en edición de Agustín García Simón, y en la que se nos propone un recorrido por Castilla la Vieja a través de cuatro siglos de literatura de viajes, con unos textos que proceden en su mayor parte de la selección ya clásica de José García Mercadal. Las fuentes más antiguas que se aprovechan son el *Viaje* del noble bohemio León de Rosmithal de Blatna y el *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam* de Jerónimo Münzer, ambas del último tercio del siglo XV. Entre las del siglo XVI, se encuentran la *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia* de Enrique Cock, el *Primer viaje de Felipe el Hermoso a España en 1501* de Antoine de Lalaing y, también, *Il viaggio fatto in Spagna et in Francia* de Andrea Navagiero. Luego, en lo que se refiere a la primera mitad del siglo XVII, se tienen en cuenta el *Voyage en Espagne* de Barthélemy Joly y *Fastigia ou fastos geniais* de Tomé Pinheiro da Veiga, así como el *Voyage d'Espagne* de Antoine de Brunel y *Le voyageur d'Europe* de Alfred Jouvin, para la segunda. Como se puede ver, los siglos XV, XVI y XVII se cubren con siete fuentes, pero no porque el editor haya actuado con criterio restrictivo en lo que se refiere a este periodo, sino por el insoslayable condicionante que constituye la limita-

da existencia de textos. La lista de fuentes se amplía notablemente al llegar el siglo XVIII, porque es justamente en esta centuria cuando España comienza a entrar realmente en la literatura de viajes y entre los textos seleccionados vemos fragmentos de las *Mémoires* del duque de Saint-Simon y el *Voyage de France, d'Espagne, de Portugal e d'Italie* de Étienne de Silhouette, obras que pertenecen a la primera mitad de la centuria. En cuanto a la segunda mitad, las referencias se multiplican de forma manifiesta con fuentes no sólo francesas, sino también inglesas y de otra procedencia: *Nouveau voyage* del barón de Bourgoing, *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico* de Norberto Caimo, *Journey through Spain* de Joseph Townsend, *Travels through Spain and Portugal* de William Dalrymple, *Voyage de Fíguro en Espagne* de Jean Marie Jerome Fleuriot, y los *Essais sur l'Espagne* de Jean François Peyron. En lo que se refiere a las fuentes del siglo XIX, tenemos *The Bible in Spain* de George Borrow, *Handbook for travellers in Spain and readers at home* y *Gatherings from Spain* de Richard Ford, *Voyage en Espagne* de Théophile Gautier y las obras, de igual título que la anterior, de Jean Charles Davillier y de Eugène Poitou, *In Northern Spain* de Hans Friedriech Gadow, *Unexplored Spain* de Abel Chapman y Walter J. Buck, y *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I* de Edmondo de Amicis.

García Simón renuncia a una publicación de gran enjundia académica, plena de referencias y notas, porque quiere dar a los textos —solitarios y desnudos, pero también plenos de datos, matices y luces— todo el protagonismo y toda la atención, a la vez que enriquece la edición con gran profusión de ilustraciones de especial belleza, que en su mayor parte son grabados, dibujos y fotografías del siglo XIX. Los textos seleccionados se estructuran por provincias y, así, el apartado correspondiente a Ávila lo forman textos del barón de Bourgoing, Townsend, Davillier, Poitou, Chapman y Buck. Más numerosos son los textos relativos a Burgos, que proceden de León de Rosmithal, Lalaing, Navagiero, Cock, Brunel, Jouvin, Saint-Simon, Silhouette, Bourgoing, Gautier, Davillier y Edmondo de Amicis. El apartado de León lo forman fragmentos de Lalaing,

Jouvin, Dalrymple, Bourgoing, Townsend, Borrow, y Davillier, con un amplio texto final de Hans Gadow. Para Palencia se han seleccionado textos de Navagiero, Lalaing, Bourgoing, Borrow y Davillier. A Salamanca nos llevan las palabras y las impresiones de León de Rosmithal, Münzer, Jouvin, Norberto Caimo, Dalrymple, Bourgoing, Townsend, Borrow y Davillier. El apartado relativo a Segovia lo conforman textos de León de Rosmithal, Lalaing, Navagiero, Cock, Jouvin, Saint-Simon, Silhouette, Norberto Caimo, Peyron, Bourgoing, Townsend, Davillier. Soria viene de la mano de Cock, Joly, Jouvin y Saint-Simon. Y, finalmente, los fragmentos correspondientes a Valladolid proceden de León de Rosmithal, Lalaing, Navagiero, Cock, Joly, Pinheiro da Veiga, Jouvin, Caimo, Bourgoing, Townsend, Borrow, Gautier, Davillier y Edmondo de Amicis.

La lectura de los textos seleccionados —como no podía ser de otra forma— nos pone delante la particular naturaleza de la literatura de viajes y nos muestra el especial interés que ésta tiene, no sólo por el volumen de información objetiva que alberga, sino también por los datos subjetivos que la enriquecen, esto es, por las valoraciones que se hacen, por las posiciones y los prejuicios desde los que los autores se manifiestan. Y esto es algo que no siempre se percibe o se aprecia debidamente. Todos nosotros conocemos perfectamente la realidad en que nos movemos. Todo lo que nos rodea nos es familiar, nos parece natural, no nos asombra. Se trata de algo cercano y asumido. Nos resultan conocidos el ambiente de las calles y plazas que transitamos, las actitudes, los comentarios y la forma de hablar de la gente. En todo momento nos resultan familiares los horarios, los ruidos y los silencios, los hábitos alimentarios, la estructura y disposición de las casas. Pero cuando los ojos que contemplan nuestra realidad no son los nuestros, sino que son los ojos de personas que pertenecen a otra cultura, que se han formado y educado y vivido en otra realidad distinta a la nuestra, se produce un notable cambio de perspectiva porque nuestra realidad se ve desde fuera y porque esta visión se produce libre de las limitaciones y distorsiones que se dan cuando alguien trata de lo que le es propio y cercano. Esto y no otra cosa es la literatura de viajes: el relato de hombres y mujeres que han viajado

do fuera de sus lugares de origen y que describen y, en algunos casos, juzgan a través de su óptica y de su sistema de valores los lugares que visitan y la gente que encuentran. Ello no quiere decir, obviamente, que las posiciones del que describe o relata sean en todo momento completamente asépticas y químicamente objetivas y por ello en este tipo de textos hacen acto de presencia los prejuicios, pero se trata de un rasgo característico de su naturaleza. De ahí el interés de este tipo de literatura.

En lo que se refiere a Castilla la Vieja, la percepción del espacio y el entorno que nos ofrecen los viajeros seleccionados es la esperada: agobiante sensación de sequedad, grandes llanuras áridas y desprovistas de árboles, pueblos sin vida. En este punto, la descripción se apega, como no podía ser de otra forma, a la realidad física de la Meseta. En cuanto a los castellanos, los viajeros los describen mayoritariamente como hombres ásperos y orgullosos, fanáticos y supersticiosos, ignorantes y pobres, graves y severos, además de otros calificativos sin duda crudos, pero que no responden a exageración, sino que son el trasunto de la realidad. También insisten los textos seleccionados en la pobreza y decadencia de los pueblos y ciudades de Castilla la Vieja, en el pésimo estado de los caminos y en la inseguridad de éstos, en la escasez de posadas, en la falta de honradez de los posaderos, en la dificultad para conseguir provisiones. Un elemento esencial de la descripción es la incontable masa de pobres y mendigos y otra parte notable de los relatos se refiere al clero español y describe su ignorancia y carencia de celo evangélico, su poder y su amplísimo número, y su presencia en todos los niveles de la sociedad, a la que controlan de modo completo. También ocupa una parte importante de las descripciones el negro protagonismo de la

Inquisición. Particularmente interesantes son los fragmentos del inglés Joseph Townsend, sin duda uno de los viajeros mejor informados de la segunda mitad del siglo XVIII y que vivirá los momentos de las reformas liberales que intentaban arrancar a España de su estancamiento. Townsend nos deja unas observaciones sobre el estado del país y los males que le acosaban que son particularmente completas y acertadas, pero lo que da importancia fundamental a dichas observaciones es que Townsend posee la capacidad, infrecuente en el viajero, de saber evitar la exageración y los prejuicios, de reconocer aquello que lo merece y de no servirse de la crítica de modo indiscriminado y generalizado sino reservándola para aquello que le parece censurable. Townsend conoce las tierras castellanas durante el viaje a Asturias, que emprende en Madrid el 22 de julio de 1786, acompañado de su joven amigo Nicolás de Llano Ponte y de un apoderado de la familia de éste. Primero pasará por Valladolid y León, entre otros lugares, y luego, a la vuelta, que inicia a comienzos de octubre siguiente, volverá a pasar por León y seguirá por Zamora, Salamanca, Ávila, La Granja y Segovia.

Además de los textos, particularmente aprovechable resulta la introducción, en la que Agustín García Simón nos ofrece una espléndida panorámica de lo que ha significado el viaje desde los tiempos antiguos hasta los más recientes, seguido de un acertado estudio de la parcela de protagonismo que España ha tenido en la literatura viajera, pasando luego a centrarse en las particularidades de la imagen que de Castilla la Vieja nos dejan los textos.

FRANCISCO JAVIER CASTILLO  
Universidad de La Laguna